



IV

CONFESIÓN DE UN JOVEN DEL DÍA

«Cárcel de Riom, Enero 1887.

»Escribo para usted, querido maestro, esta Memoria, que no he querido dar a mi abogado defensor, a pesar de las súplicas de mi madre. Se la envió a usted, que tan poco me conoce por mis hechos—y en qué momento de mi vida!—, por la razón misma que me impulsó a remitirle mi primer trabajo.

»Entre usted, el maestro ilustre, y yo, el discípulo acusado del crimen más infame, existe un lazo que los hombres no comprenderían, que tal vez ignora usted mismo, y que yo veo y siento, tan estrecho como *irrompible*. ¡Yo he vivido con el pensamiento y del pensamiento de usted, tan completamente, tan apasionadamente en el período más decisivo de mi existencia! Ahora, en medio de las angustias de mi agonía intelectual vuelvo mis ojos hacia usted como hacia el sér único de quien yo puedo solicitar y esperar un auxilio y un consuelo. ¡Oh! No me desprecie usted, querido y venerado maestro, y crea que las perturbaciones terribles en que me retuerzo no son

producidas por el vano aparato de la justicia que me rodea.

»No sería yo digno del nombre de filósofo si desde hace mucho tiempo no hubiese aprendido a considerar mi pensamiento como la sola realidad con que puedo contar y el mundo externo como una indiferente y fatal serie de apariencias.

»Desde que cumplí diecisiete años, he adoptado por regla repetirme a mí mismo, en los momentos de contrariedad, grande o pequeña, la fórmula de nuestro querido Spinoza: «La fuerza en virtud de la cual persevera el hombre en su existencia es muy limitada, la de las causas exteriores la excede infinitamente.»

»Dentro de seis semanas seré condenado a muerte por este crimen, del cual soy inocente, aunque no puedo justificarme, y ya comprenderá usted por qué después de haber leído estas páginas. Iré al patíbulo sin temblar. Sobrellevaré este acontecimiento desagradable con el mismo esfuerzo de sangre fría que si un médico, después de haberme consultado, me diagnosticase una enfermedad, ya muy adelantada, del corazón. Una vez condenado, será preciso que yo venza: primero, la rebelión del animal; después, el dolor de mi madre. He aprendido en los libros de usted el remedio contra ese linaje de pruebas, y oponiendo el sentimiento de la inquebrantable necesidad a la imagen de una muerte próxima, atenuando la vista del dolor de mi madre con el recuerdo preciso de las leyes psicológicas del consuelo, llegaré a una tranquilidad relativa. Algunas frases de usted bastarían para ello; por ejemplo, aquellas del capi-

tulo quinto del libro segundo de la obra de usted *Anatomía de la voluntad*, que me he aprendido de memoria: «El universal y recíproco enlace de los fenómenos da por resultado que sobre cada uno de ellos gravita el peso de todos los otros, de suerte que cada partícula del universo puede ser, en cada segundo, como un resumen de todo lo que ha sido, de todo lo que es y de todo lo que será. En este concepto es lícito decir que el mundo es eterno en sus pormenores y en el conjunto.» ¡Qué frase! ¡Cómo envuelve, y afirma, y demuestra que todo es necesario en nosotros y en rededor nuestro, toda vez que nosotros somos una partícula y un órgano de ese mundo eterno! ¡Ay! ¡Por qué esa idea tan lúcida, tan clara, a los ojos de mi espíritu, cuando razona, como debe razonarse, con la cabeza, y a la que yo asiento y me adhiero con toda la fuerza de mi ser, no puede destruir en mí una especie de padecimiento tan particular, que se apodera de mi corazón, cuando me acuerdo del drama que he presenciado, de ciertas acciones que yo he querido y de otras cuyo autor soy, aunque indirectamente? Para expresarlo a usted todo, en una palabra, querido maestro, aunque, vuelvo a decirlo, yo no haya matado a la señorita de Jussat, me he visto mezclado de un modo muy íntimo al drama de su envenenamiento, y tengo remordimientos, siendo así que las doctrinas en las cuales creo, las verdades que sé, las convicciones que forman lo esencial de mi inteligencia me enseñan a considerar el remordimiento como la más insignificante de las ilusiones humanas. Estas convicciones son impotentes para prestarme esa paz, esa certi-

dumbre, que eran la mía. Dudo con mi corazón de lo que mi inteligencia reconoce como verdad. No creo que para un hombre, cuya juventud entera fué consumida por pasiones intelectuales, existe un suplicio más horroroso que este mío. Pero, ¿para qué intento traducir a usted en lenguaje literario un estado mental que pretendo justamente exponer con sus pormenores, a usted, al gran conocedor de las dolencias del alma, para que me dé el consuelo único que puede favorecerme, una palabra que me explique a mí mismo lo que hallo inexplicable, que me asegure que no soy un monstruo, que me sostenga en el desarrollo de mis creencias, que me pruebe que no estoy equivocado desde hace años, adhiriendo a la nueva doctrina toda la energía de una persona sincera? En fin, querido maestro, soy muy miserable y necesito contar toda mi miseria. ¿Y a quién dirigirme sino a usted, ya que no puedo prometerme que seré inteligible para nadie sino para el psicólogo de quien soy discípulo?

»Desde hace dos meses, poco más o menos, que vivo en esta cárcel, el instante en que determiné escribir a usted esta Memoria ha sido el único en que me he encontrado yo tal cual era antes de ocurrir este terrible acontecimiento. Había yo intentado engolfarme en algunos trabajos de orden puramente abstracto, pero sin poder conseguirlo. En eso habré ganado, por lo menos, la posibilidad de escribir para usted estas páginas sin que nadie me vigile. Cuatro días hace que solamente pienso en esto y, gracias sin duda a usted, recobro la fuerza y el vigor de mi pensamiento. Hasta he probado un poco de

aquel placer que yo experimentaba en otro tiempo cuando escribí mi primer ensayo, al tornar hoy, para emprender este trabajo, a la severidad fría de mi método, es decir, del método de usted. Ayer puse en el papel el plan de esta monografía de *mi yo* actual, adoptando la división por párrafos que usted ha seguido siempre en los suyos. He confirmado el vigor persistente de mi reflexión, reconstruyendo mi vida desde su origen, como podría resolver, por procedimiento sintético, un problema geométrico. Ahora veo de un modo claro y distinto que la crisis porque atravieso tiene por factores: primeramente, la herencia; después, un medio de ideas, el medio en que he crecido; después, otro medio de hechos, el medio a que me he trasplantado al entrar en la casa de los Jussat-Randon. La crisis en sí misma y las dudas que ella produce en mí será la materia de este último trozo de mi estudio, al que procuraré desembarazar del parasitismo de recuerdos insignificantes, a los que un maestro contemporáneo llama *las generatrices*. Cuando menos, habré proporcionado a usted un documento exacto sobre las maneras de sentir que yo creí en otro tiempo muy curiosas y muy raras, y hasta de gran precio, y habré probado a usted dos veces por mi confianza en la absoluta discreción de usted y por la solicitud de apoyo filosófico que a usted dirijo, lo que usted ha sido para el que escribe estas líneas y, después de pedir a usted perdón por este largo preámbulo, da principio a su propia diseción. Cuando la termine, yo procuraré y espero lograr que usted la perciba.

§ I.—MIS HERENCIAS.

» Los sucesos más remotos que conservo en la memoria sobre mi pasado, me demuestran que mi facultad dominante, la que se hallaba presente a través de todas las crisis de mi existencia, pequeñas o grandes, como hoy mismo se halla, ha sido la facultad, quiero decir, el poder y la necesidad de *duplicarme*, de ser dos en uno. Siempre existía en mí dos personas distintas: una que iba, venía, obraba, sentía... y otra que miraba a la primera ir y venir y sentir y obrar, con curiosidad impasible. En estos momentos mismos, sabiendo yo que estoy aquí, en la cárcel, acusado de un crimen espantoso, deshonorado y lleno también de amarguras; sabiendo que soy yo, yo mismo, Roberto Greslou, nacido en Clermont en 5 de Septiembre de 1865... y no otro cualquiera... pienso en esta situación como en un espectáculo al cual fuese yo completamente ajeno... Pero ¿me expreso con propiedad cuando empleo el vocablo *yo*? Evidentemente no. Porque mi *yo* verdadero no es, para hablar con exactitud, ni el que está padeciendo, ni el que mira los padecimientos. ¡Ah! *Yo*, mi verdadero *yo*, está compuesto de esos dos y he tenido de esta dualidad una percepción muy clara, aun no siendo capaz entonces de explicarme esta disposición psicológica, exagerada hasta la anomalía, desde mi infancia; esa infancia cuyo recuerdo quiero evocar ahora procurando prescindir de cuanto hoy me ocurre, y narrarlo con la imparcialidad del historiador más desinteresado.

» Mis primeros recuerdos me representan la ciudad de Clermont-Ferrand, y en ella una casa que daba a un paseo, ahora muy variado por la reciente construcción del colegio de artillería: la carrera de Sablón. La casa estaba labrada, como todas las de la ciudad, en esa piedra de color gris al principio y negruzco después, que presta a las calles tortuosas de Clermont una fisonomía de población de la Edad Media. Mi padre, a quien perdí muy joven, era oriundo de Lorena. Desempeñaba en Clermont el cargo de ingeniero de caminos. Era hombre débil, valetudinario, de barba rala, en una fisonomía severa y melancólica que me entenece aún, cuando le recuerdo, después de tantos años. Paréceme verle todavía en su despacho, por cuyas ventanas se descubría la gran llanura del Limagne, con la linda altura de Crouël muy cerca, y a lo lejos la línea sombría de las montañas de Fórez. La estación del ferrocarril estaba próxima a nuestra casa, y el silbido de las locomotoras llegaba con mucha frecuencia hasta aquel despacho tranquilo. Estaba yo generalmente sentado en la alfombra, a la chimenea, jugando sin hacer ruido, y aquella señal aguda y penetrante causaba en mi sistema nervioso una impresión extraña de misterio, de alejamiento, como de una huída del tiempo y de la existencia. Mi padre trazaba con tiza sobre el encerado o table-ro negro signos enigmáticos para mí, figuras de geometría o fórmulas algebraicas con aquella limpieza en los rasgos de las curvas o en las letras de los polinomios que revelaba el método habitual en todo su sér. En otras ocasiones solía escribir de pie en una mesa alta, de las que sirven para dibujantes o te-

nedores de libros; mesa que mi padre prefería a la de su escritorio. Esa mesa alta se componía solamente de un gran tablero ancho, de pino sin pintar, colocado sobre dos caballetes. Sus grandes libros de matemáticas, esmerada y cuidadosamente colocados en su biblioteca; los fríos rostros de los sabios, cuyos retratos tallados en madera eran los únicos objetos de arte que adornaban las paredes; el reloj, que representaba un globo terráqueo, dos cartas astronómicas pendientes de la mesa de escritorio y sobre esta mesa la regla de cálculo, con sus cifras grabadas y su *nonius* de cobre, las escuadras, los compases—evoco voluntario y fácilmente los pormenores de aquella estancia, en la cual todo se había calculado—y estas imágenes me ayudan a comprender cómo desde los años primeros de mi infancia el ensueño de una existencia puramente ideal y contemplativa se labró en mí, favorecido, sin duda, por la predisposición de la herencia. Mis meditaciones posteriores me han hecho reconocer en muchos rasgos de mi carácter el resultado, transmitido en forma instintiva de la vida, consagrada exclusivamente a estudios abstractos, que mi padre llevaba. Yo, por ejemplo, he sentido siempre un aborrecimiento singular a la acción, por insignificante que fuese, de tal modo, que el hacer una sencilla visita me causaba en otro tiempo palpitaciones de corazón y los más ligeros ejercicios físicos me eran intolerables. Entrar en lucha abierta con otra persona, aunque fuese para discutir las ideas que yo más estimaba, me parecía, y aún hoy me parece, cosa casi imposible. Este horror a la acción se explica por el abuso de trabajo cerebral que, excesivamente prolon-

gado, aísla al hombre en medio de las realidades que sobrelleva difícilmente, porque no tiene la costumbre de estar en contacto con ellas. Comprendo que esta dificultad de adaptación al hecho procede en mí de mi pobre padre; de él proviene también esta facultad de generalizar, que es la potencia, pero al mismo tiempo, la manía de mi pensamiento; obra suya es asimismo una preponderancia enfermiza del sistema nervioso, que hace a mi voluntad tan loca en ciertos momentos. Mi padre, que debía morir muy joven, no había sido nunca robusto. Hubo de sufrir, en la edad del desarrollo físico, la prueba de la preparación de ingreso en la Escuela Politécnica; preparación mortal para la salud más resistente. De hombros estrechos, de miembros empobrecidos por largas vigias de meditaciones sedentarias, aquel sabio de manos transparentes parecía tener en las venas, en vez de glóbulos rojos de sangre vigorosa, un poco de polvo de la tiza que tan frecuentemente usaba. No me legó músculos capaces de contrabalancear la excitabilidad de mis nervios, de manera que le debo, a más de esta facultad de abstracción que me hacía tan dificultosa a actividad más insignificante, una especie de intemperancia de desenfrenados deseos. Siempre que he deseado con ardor me ha sido imposible reprimir ese linaje de concupiscencia. Una de las hipótesis que más a menudo se me han ocurrido cuando me analizaba a mí mismo, es la de que las naturalezas abstractas son menos capaces que otras de resistir a la pasión, cuando esta pasión se despierta, quizá porque la relación diaria entre la acción y el pensamiento están en ellas quebrantada y rota. Los fanáti-

cos darían una prueba evidente de esto. He visto a mi padre, de ordinario dulce y sufrido, arrebatarse a veces por la cólera, con tal violencia, que le hacía desvanecerse. En este concepto soy también hijo de mi buen padre, y pasando por él, soy al propio tiempo el sucesor de mi abuelo, algo desequilibrado, especie de hombre de carácter primitivo, casi un aldeano, que llegó, a fuerza de invenciones mecánicas, a una media fortuna de ingeniero civil, y que después quedó arruinado a consecuencia de numerosos pleitos. De esta rama de mis ascendientes ha existido siempre un elemento peligroso, alguna cosa desencadenada a ratos al lado de un entendimiento constante. En algún tiempo he considerado como un estado superior esta doble naturaleza: el ardor posible de la pasión, unida a esta energía continua del pensamiento abstracto. He soñado con ser, a un tiempo mismo, febril y lúcido, sujeto y objeto, como dicen los alemanes, de mi análisis: el sujeto que se estudia a sí mismo y halla en ese estudio un medio de exaltación a la vez y de desarrollo científico. ¡Ay! ¿Adónde me ha conducido esta quimera? Pero no es esta la ocasión de hablar de los efectos; estamos todavía en las causas.

»Entre las circunstancias que obraron sobre mí durante mi niñez, he aquí una de las que juzgo más importantes: todos los domingos, de mañana, así que pude leer, comenzó mi madre a llevarme con ella a misa. Celebrábase esta misa a las ocho en la iglesia de Capuchinos, recientemente levantada sobre un paseo de plátanos que sube desde la carrera de Sablón a la plaza del Toro, siguiendo todo lo largo del Jardín de Plantas. A la puerta de esta iglesia ha-

llábase sentada, ante una tienda ambulante, una vendedora de bollos, a quien llamaban la tía Girard, y a quien yo conocía muy bien, porque en primavera solía comprarle varitas de las que colgaban cuatro o cinco cerezas unidas por hilo blanco. Eran siempre las primeras de su clase que yo comía en la estación. Aquella golosina, agria y fresca, fué una de las sensualidades de mi niñez, y hubiera podido ser, para alguno que me hubiese observado, ocasión de fijarse en ese frenesí del deseo de que he hablado a usted hace poco. Yo estaba casi calenturiento siempre que me dirigía al puesto. No era esta la única razón que me hizo preferir la iglesia de Capuchinos, con su arquitectura sencillísima, a las criptas subterráneas de Nuestra Señora del Puerto y a las bóvedas de la catedral sostenidas por elegantes columnas estriadas. En la iglesia de Capuchinos el coro permanecía cerrado. Durante los oficios, voces invisibles entonaban, detrás de las rejas, cánticos que conmovían de un modo extraño mi imaginación de niño; antojábanseme tan lejanas aquellas voces como si viniesen de un abismo o de una tumba. Veía yo a mi madre a mi lado rezar con el ardor sostenido que en todos sus actos se manifiesta, y pensaba yo en que mi padre no estaba allí y en que jamás él iba a la iglesia. Torturábase mi cabeza infantil pensando en esta ausencia, y se torturaba tanto, que un día pregunté a mi madre.

»—¿Por qué no viene papá a misa con nosotros?

»Con mis ojos investigadores de niño advertí, sin trabajo, el apuro en que aquella pregunta colocaba a mi madre. Salió de él, sin embargo, con una respues-

ta parecida a otras muchas que me han dado después sus labios de mujer especialmente enamorada de principios fijos de obediencia:

»—Tu padre oye otra misa, a su hora; además, ya te he dicho que los niños no deben preguntar por qué sus padres hacen tal o cual cosa.

»Todas las diferencias espirituales que a mi madre y a mí nos han separado, estaban contenidas en esta frase, que pronunció en una mañana muy fría de invierno, cuando regresábamos a casa pasando bajo los árboles de la carrera de Sablón. Me parece que aún veo su peinado, sus manos dentro del manguito forrado de seda oscura, del que salía a medias su devocionario, y la sinceridad de su expresión hasta cuando decía aquella piadosa mentira, y, sobre todo, cuando me repitió: «no se debe nunca preguntar el por qué.» Veo ahora mismo sus ojos, que tantas veces, desde entonces, me han mirado con esa mirada que no me comprendía, y desde aquella época no sospechaba ella nada de mi infantil naturaleza meditativa, para la cual pensar equivalía a preguntarse siempre y con motivo de todo: ¿Por qué?... Sí, ¿por qué mi madre me había engañado...? Porque yo sabía de sobra que mi padre no iba a misa ninguna. ¿Y por qué no iba...? En tanto que los tristes y graves acentos de las monjas ocultas entonaban las respuestas de la misa, engolfábame yo en meditaciones sobre este problema. Sabía yo, sin precisar bien los motivos de esta superioridad, que mi padre figuraba entre los primeros hombres de Clermont. ¡Cuántas veces, en paseo, habíamos sido detenidos él y yo por algún amigo que, acariciándome la mejilla, me decía: «Y

qué, ¿llegaremos a ser un gran sabio como papá?» Cuando mi madre le pedía parecer, era siempre para escucharle con la sumisión de un íntimo respeto. Era, pues, evidente que mi madre encontraba muy natural que su marido no realizase determinados actos del culto obligatorios para nosotros. No teníamos, pues, idénticos deberes nosotros y él. Esta idea no aparecía formulada entonces en mi cerebro de niño con tanta claridad; pero dejaba en él un germen de lo que sería, andando el tiempo, una de las convicciones de mi juventud; es, a saber, que no rige la misma regla para los hombres muy inteligentes y para los otros. Allí fué, en aquella iglesia pequeña, mientras yo permanecía dócilmente arrodillado, donde tomó cuerpo el gran principio de mi vida: no considerar como ley para los hombres que pensamos lo que sí debe ser ley para los que no piensan; así como en aquella edad misma recibí de las conversaciones con mi padre, mientras paseábamos, el germen primero de mi conocimiento científico del mundo.

»La campiña en los alrededores de Clermont, es maravillosa, y si bien yo soy, al revés de los poetas, hombre para quien el mundo exterior apenas existe, he conservado siempre en el fondo de mi memoria la imagen de los horizontes que rodean aquellos paseos. La ciudad que mira, por un lado, la llanura del Limagne, únese por el otro con las últimas estribaciones de la próxima cordillera. La cortadura de los cráteres de volcanes apagados, los productos de las erupciones calcinadas, los lechos de lava ya fría, dan a las líneas de aquellas montañas volcánicas cierta semejanza con los paisajes que el telescopio descu-

bre en el cadáver del planeta llamado la luna. Colúmbrase allá abajo salvaje y grandioso recuerdo de las más terribles convulsiones del globo, y aquí el paisaje más lindo de caminos pedregosos y de arroyuelos que murmuran bajo las ramas y entre los castaños. Las mayores dichas de mi niñez han consistido en esas interminables correrías con mi padre por todas las sendas que van desde Crouël a Gergovie, de Royat a Durtol, de Beaumont a Gravenoire. Sólo con escribir esos nombres mi corazón se rejuvenece. Heme aquí el muchachuelo que un retrato conservado me muestra, con sus cabellos largos, cubiertas sus piernas con polainas de hilo, que camina agarrado a la mano de su padre. ¿De dónde venían al sabio matemático, al hombre de gabinete y de reflexión abstracta, aquellas aficiones al campo? He pensado mucho en eso después de aquella época, y creo haber descubierto con este motivo una ley poco conocida del desenvolvimiento de los espíritus: nuestras aficiones de la juventud persisten hasta en el caso de habernos desarrollado en sentido contrario a ellas, y seguimos practicando esas aficiones mismas justificándolas con razonamientos intelectuales y que las excluirían. Me explicaré: mi padre era aficionado al campo, naturalmente, porque había sido educado en una aldea, porque desde pequeñito había pasado horas enteras al borde de los arroyos entre insectos y flores. En vez de abandonarse lisa y llanamente a esas aficiones, mezclaba con ellas sus preocupaciones de sabio. No se hubiera perdonado nunca mi padre ir a la montaña sin estudiar en ella la formación de un terreno; mirar una flor sin determinar los caracteres

y el nombre de la misma; recoger un insecto sin acordarse de la familia y de las costumbres del animal.

» Merced al rigor de su método había llegado así a un conocimiento perfectísimo de toda la comarca, y cuando paseábamos juntos, ese conocimiento era la materia única de nuestra conversación. El paisaje de las montañas le daba pretexto para explicarme las revoluciones de la tierra; desde aquí pasaba, sin esfuerzo, con una claridad de expresión tal que me hacía perceptible estas ideas, a la hipótesis de Laplace sobre la nebulosa, y yo veía distintamente con los ojos de la imaginación las protuberancias planetarias escapándose del inflamado núcleo de aquel sol ardiente en rotación. El cielo de la noche, en los hermosos meses del verano, convertíase en una especie de mapa, que mi padre descifraba para mis ojos de diez años, y donde yo distinguía la estrella polar, las siete estrellas del Carro, la estrella Sirio, todos esos mundos formidables e inaccesibles, cuyo volumen, cuya posición y hasta cuyos metales conoce ya la ciencia humana.

«Lo mismo sucedía con las flores que él me enseñaba a colocar en un herbario; con las rocas que partía yo, bajo su dirección, con un martillito de hierro; con los insectos que yo alimentaba o clavaba con alfileres, según los casos. Mucho tiempo antes de que se practicase en los colegios la enseñanza objetiva, aplicaba mi padre a mi educación primaria su máxima fundamental: «No encontrar nada de lo cual no se dé cuenta científicamente.» Conservaba así el carácter campesino de sus primeras impresiones con

la precisión adquirida en sus estudios matemáticos. A esta enseñanza atribuyo el precoz espíritu de análisis que se desarrolló en mí desde mi adolescencia, y que indudablemente se hubiera vuelto hacia los estudios positivos si no hubiese muerto mi padre. Pero no debía acabar esta educación emprendida, según su plan razonado, cuyas huellas he hallado después entre sus papeles. Precisamente en una de esas correrías y durante uno de los más ardorosos días de estío del año en que yo había cumplido diez, fuimos sorprendidos ambos por una tormenta que nos caló hasta los huesos. Tal vez mi padre se enfrió en el tiempo que empleamos para volver a casa. Por la noche sentía escalofríos; dos días después se le declaró una pleuresía, y a la semana siguiente había muerto.

»Como deseo, en esta indicación sumaria de las causas que me han formado de joven, evitar a toda costa lo que más aborrezco en el mundo, el aparato de sentimentalismo subjetivo, no he de contar a usted, querido mae-tro, otros pormenores sobre aquella muerte. Húbolos muy lastimosos y muy tristes; pero yo no sentí toda mi tristeza sino mucho después. Me acuerdo de que, a pesar de ser yo un muchacho muy crecido y muy desarrollado, experimenté entonces más asombro que aflicción. Hoy es cuando siento en realidad y echo de menos a mi padre y comprendo lo que perdí al perderle. Creo haber explicado a usted con toda claridad lo que le debo: el gusto y la facilidad de la abstracción; el amor a la vida intelectual; la fe en la ciencia y el precoz manejo del método; esto, por lo que respecta al espíritu.

En cuanto al carácter, debo a mi padre la adivinación primera del orgullo de pensar, y también un elemento algo enfermizo; esta dificultad de obrar, uno de cuyos resultados es la dificultad de resistir a las pasiones cuando éstas nos arrastran.

»Mucho celebraría yo poder definir con claridad idéntica y con la misma precisión lo que creo deber a mi madre. Y observo, desde luego, un hecho: el de que esta segunda influencia obraba en mí por reacción, en tanto que la primera había obrado directamente. Para hablar con verdad, debo decir que esta reacción no principió hasta el día en que, al quedar viuda, se propuso dirigirme ella misma. Hasta entonces mi madre me había abandonado por completo a la educación paternal. Parecerá extraño, sin duda, que viviendo ella y yo solos en el mundo, ella, tan enérgica, tan amante, y yo tan joven, no hayamos vivido, al menos algún día, en completa comunicación de corazones.

»Existe, efectivamente, una psicología rudimentaria para la cual esta palabra: madre e hijo, equivale a ternura absoluta, inteligencia íntima de dos almas. Tal vez sucederá así en las familias de tradición antigua, aunque en la naturaleza humana no creo en lo que supondría una sencillez completa de relaciones entre personas de edad y sexo diferente. Sea de esto lo que fuere, es la verdad que en las familias más ricas, bajo las apariencias corteses de una etiqueta convencional, ocúltanse los más crueles casos de divorcios secretos, de profundas divergencias y hasta de odios, que se comprenden perfectamente pensando en su origen. Ocurren desde hace cien años